

**STEPHEN  
NACHMANOVITCH**

**IM**

**EL ARTE,  
LA VIDA**

**PRO**

**VI**

DEL AUTOR DE  
**FREE PLAY**  
MÁS DE 30.000  
EJEMPLARES  
VENDIDOS

**SAR**

PAIDÓS

Stephen Nachmanovitch

Improvisar  
El arte, la vida

Traducción de Teresa Arijón

 PAIDÓS

Nachmanovitch, Stephen  
Improvisar / Stephen Nachmanovitch. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2021.  
288 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Teresa Arijón.  
ISBN 978-950-12-9917-5

1. Arte. I. Arijón, Teresa, trad. II. Título.  
CDD 700.2

1ª edición: diciembre de 2021

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Título original: *The Art of Is: Improvising As a Way of Life*,  
publicado originalmente en inglés por New World Library, Canadá

© 2019, Stephen Nachmanovitch  
© 2021, Teresa Arijón (por la traducción)

Todos los derechos reservados

© 2021, Editorial Paidós SAICF  
Publicado bajo su sello Paidós®  
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.  
difusion@areapaidos.com.ar  
www.paidosargentina.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

ISBN 978-950-12-9917-5  
4.000 ejemplares  
Impreso en Master Graf S.A.,  
Mariano Moreno 4794, Munro, Pcia. de Buenos Aires,  
en el mes de noviembre de 2021

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

# Háblales del sueño

---

El 28 de agosto de 1963, en el Lincoln Memorial de Washington, en el momento cumbre de la Marcha por el Trabajo y la Libertad, la gran cantante de gospel Mahalia Jackson se sentó en la tarima cerca de su amigo Martin Luther King. El doctor King comenzó a leer el discurso que tenía preparado. Cuando iba por el séptimo párrafo, Mahalia lo interrumpió y gritó: “¡Háblales del sueño, Martin! ¡Háblales del sueño!”<sup>1</sup>

King dejó sus papeles a un costado y empezó a improvisar.

El discurso que tenía escrito no mencionaba los sueños. Cuando King alzó la vista y contempló a la multitud y se dejó llevar por el majestuoso ritmo del “Tengo un sueño”, hizo un *riff* sobre un discurso anterior pronunciado en Cobo Hall,

1. Entre los testigos que han escrito sobre este episodio cabe mencionar a Clarence Jones, el redactor del discurso de King, el hombre cuyo texto King dejó a un costado, y Ted Kennedy, quien, desoyendo el consejo de su familia, asistió a la marcha. Véanse Clarence B. Jones y Stuart Connelly, *Behind the dream: the making of a speech that transformed a nation*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011 y Edward M. Kennedy, *True compass: a memoir*, Nueva York, Twelve, 2009. Yolanda Clarke y Drew Henson también estuvieron presentes y describieron el episodio.

Detroit, que a su criterio no había funcionado bien. Repetía e hilvanaba trechos de la Biblia, de Shakespeare, de Lincoln, de la Constitución y de la Declaración de la Independencia. El fantasma de Gandhi nunca estaba lejos. Y, si bien podemos identificar las raíces profundas de las palabras de King, sus innumerables matices e influencias ya habían sido absorbidos e integrados colectivamente. El interser de muchos se expresa en la voz de cada uno de nosotros. Si bien reconocemos su coraje y brillantez, King no fue un genio solitario que hilvanó “creatividad” en un gran tapiz. Esos genios no existen. Esto es, precisamente, *ser* humano: aprender y asimilar los patrones conscientes e inconscientes de la cultura, la comunidad y el medioambiente, y modificarlos cuando sea necesario; hacerlos nuestros para que la voz que surja espontánea sea nuestra voz, interdependiente con el mundo humano en que vivimos. De este modo, le infundimos vida al arte y arte a la vida.

Improvisar significa estar preparado, pero no apegado a la preparación. Todo fluye en el acto creativo en progreso. Prepárese, pero siempre esté dispuesto a aceptar interrupciones e invitaciones. El resultado de su preparación no son sus planes ni sus papeles, sino usted mismo: confíe en eso. Ningún solista se hace solo: uno de los más grandes discursos del siglo XX cobró existencia gracias al consejo espontáneo de una buena amiga.

# Introducción

---

Hace más de cuarenta años que soy improvisador profesional. He dado talleres desde Alemania hasta la Argentina y Japón. Toqué un violín eléctrico negro en un templo budista y una viola d'amore de tres siglos de antigüedad en el Gran Colisionador de Hadrones. Este libro es el rastro de las décadas que pasé viajando por el mundo, colaborando con círculos cada vez más amplios de personas, compartiendo enseñanzas y aprendizajes. Surgió de jugar con la música, con las palabras, con el movimiento, con las imágenes y hasta con los códigos de programación de computadoras; nació de investigar las formas y los patrones interdependientes del juego. Este juego no solo es una manera de conectar con las personas; también nos permite descubrir las conexiones que ya estaban presentes pero cuya existencia ni siquiera sospechábamos.

Gravitamos hacia la música de improvisación porque disfrutamos relacionarnos como iguales con otros seres humanos. Este es, para mí, el núcleo de la experiencia. Esa es la importancia clave de nuestra práctica para el mundo, más allá del arte. Nuestro trabajo, en lo que tiene de más genuino, puede conducirnos a un modelo de vida de mayor apertura social a través de la práctica de la escucha activa. En un mundo donde

muchos tienden a atrincherarse en cubículos académicos, estéticos y profesionales –donde los humanos estamos divididos por las muy reales y concretas fallas geológicas de la desigualdad racial, de género y económica– esta clase de práctica es una necesidad perentoria.

Cuando me piden que defina *improvisar*, digo que toco música que tiene menos de cinco minutos de edad. Y, sin embargo, es antigua, puesto que los sonidos que me atraen se sienten arcaicos. Cuando la improvisación *sucede* de verdad, siento que estoy tocando, con tacto levísimo, algo que está profundamente arraigado en la cultura, en la genética, en nuestra naturaleza animal: la conexión fundamental con los otros. Hacer arte, ya sea solo o en grupo, absorbe sus patrones de todo lo que nos rodea, en una red interdependiente. Aprendemos a trabajar como trabaja la naturaleza y nuestro material somos nosotros: nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestros compañeros y las posibilidades radicales del momento presente.

Cuando tenía veintipocos años conocí a otro joven estadounidense, un sacerdote budista zen, que hablaba de hacer zazen –meditar sentado– como una práctica. Es común utilizar la palabra *práctica* para describir la actividad meditativa; yo ya la había escuchado y leído muchas veces, pero ese día, por alguna razón, me golpeó como un rayo. Soy músico, pensé, y ahora sé qué es la práctica. La música, la danza, el deporte, la medicina, estar sentado inmóvil sobre un almohadón en un estado de conciencia concentrada: todas son formas de práctica, disciplinas especializadas que nos llevan a hacer y ser lo que ya somos, y no un trabajo de preparación para alcanzar una meta. Así comenzó para mí una exploración que duraría toda la vida sobre el dharma budista, el Tao y otras tradiciones orientales y occidentales vinculadas con la práctica artística. Y, desde una perspectiva budista, comencé a vincular la improvisación con las otras dos “imp”: impermanencia e imperfección. Aprendí a disfrutar de estas cualidades esenciales de la vida y del arte. Y, sobre todo, llegué a ver mi actividad de hacer arte no como un

despliegue de talentos y habilidades, sino como un despertar y un hacer realidad intenciones altruistas. Cuando era más joven todavía, estaba seguro de que iba a ser biólogo. Después, psicólogo. Me fascinaban los organismos vivos: los cuerpos, las relaciones sociales, los juegos. Publiqué mi primer artículo en el *Journal of Protozoology*. El hecho de que una sola célula pudiera realizar todas las actividades esenciales de la vida –sustentarse en un medioambiente, nadar, cazar, interactuar con otras– me embelesaba. Esa cualidad proteica de la vida me sigue guiando como artista al hacer música sin dividirla en funciones separadas de compositor e intérprete y al crear formas de arte intermedias –por ejemplo, música visual– que les hablen a varios sentidos a la vez.

Ansiosos por ponerse a tono con sus alumnos, los profesores de las universidades, conservatorios y escuelas de enseñanza media ven la improvisación como un ítem nuevo y misterioso que habría que incluir en la currícula... si lograran descubrir cómo hacerlo. Pero la improvisación no es un ítem a tildar en la larga lista de materias de un programa educativo. No es un estilo ni una forma; tampoco una cátedra o una especialidad. La improvisación –el acto de improvisar– es la vida misma.

Lo que ofrezco en los siguientes capítulos, desde diferentes ángulos y aspectos –enlazados con viajes por la música, el arte, la ciencia, la política, los negocios, la filosofía, la alfarería–, son destellos de momentos de contacto humano. Esos destellos pueden ocurrir en el medioambiente relativamente seguro y domesticado de un aula de clase. Sin embargo, casi sobre el final del libro, nos encontraremos con Herbert Zipper, un músico que consiguió cultivarlos en el infierno viviente de un campo de concentración nazi. Debatiremos los méritos de las heladeras ruidosas y descubriremos la resonancia entre los hongos y la música en el *living* de John Cage. Y también aprenderemos todo lo que podamos acerca de las ranas. Conoceremos a un músico experimental que llega a ser alcalde de una ciudad pequeña y la cambia para bien. Y luego



vamos a desempolvar la conexión entre el sombrero de Clint Eastwood y la cerámica japonesa. Y un antiguo koan sobre una sacerdotisa que se defiende de su atacante con una hoja de papel que se manifiesta como espada nos hablará de nuestras posibilidades y de nuestro compromiso como artistas y seres humanos libres.

A lo largo de estos ámbitos diversos, surgirán y se repetirán temas y lecciones similares. La improvisación no puede entenderse como una mera técnica musical o teatral. Debe ser analizada desde múltiples perspectivas, pensada una y otra vez para revelar lo que todas esas perspectivas tienen en común. Vamos a examinar muchos tipos de momentos, porque la lección crucial de estas páginas es que el poder artístico es accesible a todos en cualquier momento. No es una herramienta psicológica ni artística. Es un modo de ser.

Este libro trata sobre lo que ocurre en los momentos y espacios entre las personas cuando creamos juntas. La música, el movimiento, la imagen, las palabras se viven como algo fisiológico y no forzado; se experimentan como experimentamos la respiración o la circulación de la sangre. Esta experiencia es posible no solo en el arte sino en la medicina, en la enseñanza, en el compromiso cívico o donde se nos antoje. Esta intimidad no ocurre todo el tiempo, no es permanente: tarde o temprano llega a su fin y los asuntos mundanos toman la posta. Pero, cuando ocurre, es una forma de magia y de dicha. Cocreamos algo que surge de la escucha y la atención mutua. Descubrimos que el sistema nervioso es más grande que el cerebro, más grande que el cuerpo.

Nuestro acto de creatividad más común es la conversación espontánea: el arte de escuchar y responder, de interactuar, de captar los factores del entorno de manera inconsciente pero precisa, de modificar lo que hacemos según lo que vemos y oímos, lo que tocamos y hacemos: un *feedback* multidimensional. En nuestras vidas cotidianas, creamos y reconocemos conexiones todo el tiempo.

No necesitamos diplomas ni credenciales. Esto no tiene nada de especial, pero de esa nada surge nuestra oportunidad de alcanzar cierta sabiduría y compasión hacia el mundo en que vivimos. Y, así, podemos bajar al arte del pedestal y ponerlo en el lugar que le corresponde: en el centro dinámico de nuestras vidas.

